



U N I V E R S I D A D P E D A G Ó G I C A N A C I O N A L

DECIR DECIRES

Fernando Juárez Hernández



POLVO DE GIS

DECIR DECIRE

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

DECIR DECIRE

Fernando Juárez Hernández

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

DECIR DECIRES
Fernando Juárez Hernández
abelar_dos@yahoo.com.mx

Sylvia Ortega Salazar RECTORA
Aurora Elizondo Huerta SECRETARIA ACADÉMICA
José Luis Cadenas Palma SECRETARIO ADMINISTRATIVO
Adrián Castelán Cedillo DIRECTOR DE PLANEACIÓN
Mario Villa Mateos DIRECTOR DE SERVICIOS JURÍDICOS
Fernando Velázquez Merlo DIRECTOR DE BIBLIOTECA Y APOYO ACADÉMICO
Adalberto Rangel Ruiz de la Peña DIRECTOR DE UNIDADES UPN
Juan Manuel Delgado Reynoso DIRECTOR DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Coordinadores de Área Académica:

Dalia Ruiz Ávila *Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión*
Gisela Victoria Salinas Sánchez *Diversidad e Interculturalidad*
Joaquín Hernández González *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*
María Estela Arredondo Ramírez *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*
Mónica Angélica Calvo López *Teoría Pedagógica y Formación Docente*

Mayela Crisóstomo Alcántara SUBDIRECTORA DE FOMENTO EDITORIAL

Diseño de colección: Margarita Morales Sánchez

Revisión: Armando Ruiz Contreras

Portada: Margarita Morales Sánchez

Formación: Rayo de Lourdes Guillén Castrillo

Primera edición, junio de 2011

© Derechos reservados por los autores.

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco, núm. 24,
col. Héroes de Padierna, Tlalpan, CP 14200, México, DF www.upn.mx
ISBN 978-607-413-107-9

PN6495

M6

J8.3

Juárez Hernández, Fernando

Decir decires / Fernando Juárez Hernández.

México : Universidad Pedagógica Nacional, 2011.

71 p. -- (Polvo de gis)

ISBN: 978-607-413-107-9

1. Proverbios mexicanos 2. Máximas mexicanas

I. t. II. Serie

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.
Hecho en México.

A Catita: dicarachera y abuela jarocho

ÍNDICE

Nota preliminar •	11
Te lo digo a ti, mi hija; entiéndelo tú, mi nuera •	16
Donde se lo mete tío Ortiz, no me lo meto yo •	17
No te apures por comer que hambre no te va a faltar •	18
Vámonos muriendo ahora, que están sepultando gratis •	19
Si amores la llevan, celos la traerán •	20
Lo que no me den hermanos, no me lo deben quitar •	21
Hijo de tu mal dormir que todo me desencueras •	22
¡Ah!, qué rechinar de puertas, parece carpintería! •	23
Si me viste ya te andaba, si no me viste ya te anduvo •	24
La mejor mula se me echa •	25
Ni se muere el tata ni cenamos l'olla •	26
Lo que al tiempo se deja, al tiempo se queda •	27
¡A la vejez, viruela! •	28
Lo que de noche se hace, de día aparece •	29
El que temprano se baña lugar tiene de secarse •	30
Bueno de ancho, por lo que encoja •	31
Entre doña Leandra, su hija y don Margarito el pambacero... •	32
Ya no la quieras con trenzas, quiérela aunque sea pelona •	33

No se te puede decir “mi alma” porque ya quieres tu casa aparte • 34

Véteme pidiendo que yo te iré dando • 35

El carbón que ha sido brasa con poco fuego se enciende • 36

Estás viendo la adoración y no te hincas • 37

Al nopal lo van a ver sólo cuando tiene tunas • 38

Cuando la puerca se baña, el sol se nubla y el jabón se le acaba • 39

No necesito de calabazos viejos para nadar • 40

Chiflar y comer pinole • 41

Muy bien que cantarais, dije, mas no que cantarais bien • 42

Ahí es donde la puerca tuerce el rabo • 43

De lengua me como un plato • 44

Hay de todo, como en botica • 45

Aprendiz de todo y oficial de nada • 46

Ajonjolí de todos los moles • 47

Cada maestrito tiene su librito • 48

Cuando el pobre tiene para carne, es vigilia • 49

Cuando tú vas, yo ya vengo • 50

Ese no es santo de mi devoción • 51

Este es el anchor, este es el largor: mañana lo cortaré • 52

Gallina vieja hace buen caldo • 53

Hasta lo que no comes te hace daño • 54

La mala harina y el buen panadero • 55

En qué poca agua te ahogas • 56

Qué le voy a asar si todo es hueso • 57

Más vale arrear al burro que cargar la carga • 58

Aunque todos somos del mismo barro...
no es lo mismo bacín que jarro • 59

No niegas la cruz de tu parroquia • 60

Para lo que hay que ver, con un ojo basta • 61

Santo que no es visto no es adorado • 62

El que por otros pide, por sí aboga • 63

El que a fea ama bonita le parece • 64

Tú bien me miras, yo bien te entiendo • 65

¿Quién manda esto? Tello. ¡Así anda ello! • 66

A techos viejos nunca les faltan goteras • 67

A tu tierra grulla y aunque sea en un pie • 68

Lo que no deja, dejarlo • 69

Pronto y bien, no hay quién • 70

Enfermo que come y mea: el diablo que se lo crea • 71

NOTA PRELIMINAR

Como modesto acto de contrición este texto se reconoce pecador de un recurrente e irremediable vicio: instalarse de manera entrañable en la nostalgia.

Sin ambages que negar ni vergüenzas que ocultar se declara preso de los recuerdos del porvenir y las desmemorias pasadas. La nostalgia que nos autentifica como mortales que añoran momentos difusos, personas inciertas, paisajes desdibujados, anhelando reproducir su fidelidad en un presente que se apresura por írsenos de las manos. Nostalgia que si bien se manifiesta con el atropellado paso de la línea del tiempo, no se trata de edades. Está en la naturaleza del *homo mutans*; es decir, en la naturaleza de usted y en la mía.

Así que si usted, lector, se considera más cercano que ajeno a los umbrales en que se perfila hacia la por alguien atinadamente bautizada curva de la felicidad (sí, literalmente perfilado: párese de perfil, sin temores de por medio, frente a un espejo para constatarla y extasiarse desvergonzadamente con ella) y en un acto de magnánima sinceridad se descubre sujeto de expresiones que jamás imaginó en su boca, tales como: “antes nunca”, “en mis tiempos” y otras que participan del mismo universo familiar o género; si tal fuese el caso, repito, puede ser que para usted cobren sentido las siguientes narraciones imaginarias, construidas a partir de algunas —sólo algunas— de las ingeniosas expresiones populares que cubren el territorio consuetudinario de los *decires*.

Haga usted un esfuerzo y recuerde aquellas palabras y frases que, al amparo del anonimato grupal, empleaba frente a su palomilla; tal vez tímido y cándido silabeaba frente a su novia; difícilmente utiliza-

ba dentro de su escuela aunque con desenfado gritaba por las calles del barrio; con sabia astucia expresaba en el trabajo; precavidamente emitía en la familia pero con osado aplomo empleaba en su partido, o virginalmente expresaba en su congregación, cuando la tenía.

Estará usted de acuerdo conmigo en la longeva vida que tales expresiones tenían, pasando incluso de generación a generación con sólo medianas alteraciones. Pero eso era antes (¿ve usted la nostalgia?); actualmente somos testigos de la relativa facilidad, y sorprendente naturalidad, con que podemos desayunarnos con nuevas expresiones que desplazan a las de la cena de anoche, en donde algunas no alcanzan a consolidarse lo suficiente como para dejar huella entre los usuarios del lenguaje y sin que ello parezca conmovernos. Finalmente hoy se dice “güey”, igual que antaño era “babas” y mañana... quién sabe.

Todo parecería indicar que el lenguaje tiende a reblandecerse y perder la consistencia que por naturaleza se le había adjudicado y, suponíamos, debía tener, convirtiéndose en presa de modas, así de expeditas como efímeras, que nos dejan en el más amplio abandono discursivo, desamparados de sentidos y significados a los que asirnos como tabla de salvación. Parafraseando a Heráclito: postrados en un estado de no utilizar dos veces la misma palabra.

Pero dentro de ese vasto y riquísimo universo lingüístico que son las expresiones populares hay un segmento que, a pesar de subsistir tercamente entre las comunidades rurales de provincia, contrasta con la forma abrupta y demoledoramente acelerada en que ha ido diluyéndose culturalmente entre los parlantes de las poblaciones urbanas; y si a ello sumamos el desenfrenado fenómeno migratorio de provincia hacia las urbes, no resulta exagerado temer que aun esa porción de universo termine por desaparecer o convertirse, en no muy largo tiempo, en simple pieza de museo. Mire, hagamos un ejercicio de prueba.

¿Recuerda usted cuándo fue la última vez que en un diálogo coloquial haya incorporado la expresión: “como decía mi abuela”? En eso, que pertenece a las experiencias privadas, respóndaselo usted que es el único con capacidad de respuesta; mientras yo anexo otra

pregunta directa: ¿y qué es lo que decía la abuela? Cuestión que, de manera definitiva, me arroja de lleno en la nostalgia.

Posiblemente usted, ya entrado en años y haciendo memoria, caiga en cuenta que su abuela usualmente encontraba una expresión muy *ad hoc* para casi cualquier situación de la vida diaria. Si se trataba de llamar la atención sobre algún detalle de la comida; acerca de la hora inapropiada de regresar por la noche a casa; en torno al peinado que alguien usaba o sobre lo que usted quiera y mande, la abuela siempre encontraba en el saco de su ingenio y experiencia una frase que, de manera pícara, denotaba cosas sin decirlas. Las abuelas eran expertas en decir decires cuyos significado y sentido de momento nos pasaban desapercibidos pero que a veces, hoy, aquí, por ejemplo, apoltronados en la memoria, afloran al estímulo de la consabida muletilla: “como decía mi abuela”.

Se trata de expresiones que se cuidan de no caer en la moralina de los refranes, invento, éste, más social que popular, y escapan, también, a la connotación del dicho que, por ser sabiduría comunitaria, tiene la característica del anonimato que lo orilla a perder la individualización del decir de la abuela. Es más, suelen disfrazarse con un ropaje de humor ante el cual uno, desarmado, no alcanza a detectar el insulto o el halago; la condena o el aplauso; la burla o el respeto que les subyace, pero que no pierden la oportunidad de colocar el dedo en alguna llaga sin la pretensión de lastimar. Decires asépticos.

Pues bien, esta cultura, los decires de la abuela, se está perdiendo. Esta raíz de los árboles genealógicos ya rara vez es escuchada en corrillos familiares, espacio natural donde suele generarse la convivencia; los padres, acosados por las prisas, cada vez disponen de menos tiempo para generar diálogos coloquiales con los hijos; conforme los hijos son devorados por la globalización e internet, se hace menos frecuente la expresión “como decía mi abuela”, lo que provoca que la expresión vaya perdiendo sentido y devenga en una expresión huera. Cada vez resulta más arcaico pedir a la abuela que nos enseñe las maravillas que encierra su ropero porque éstos, además, casi han desaparecido del mobiliario casero; así como cada vez es más difícil

contar en la casa con un álbum fotográfico familiar que guarde el “retrato de un mi abuelo que ganara una batalla” (León Felipe *dixit*). A las abuelas ya casi se les olvida cómo decir decires y eso nos deja desamparados en la nostalgia.

Pero al margen de ello este texto acusa otro vicio que, como apéndice venial, se adosa al inicialmente señalado. En una comprensible terquedad por superar el desamparo nostálgico y rescatar de la ignominia tales decires, pretendo aventurarme en la empresa de compilar una ínfima parte de ellos e ilustrarlos discursivamente, como merecida memoria a las abuelas y para beneplácito de los nietos. Pero más allá de mi folclórica y rudimentaria tarea en dicha empresa, por tratarse de un importante trasfondo cultural en riesgo de extinción que todavía estamos a tiempo de reactivar —creo— este ejercicio busca rescatar dicho trasfondo, si no plenamente para nuestro discurso ordinario, al menos como testimonio escrito que trascienda las adustas mohoneras de la temporalidad.

Podrá argumentarse que el fenómeno de los decires amerita ser objeto de estudio de profesiones legitimadas. Es decir, hacer un ensayo sociológico de ellos para explicar sus causas; escribir un tratado que rastree los rasgos antropológicos que los expliquen; desnudar la psicología que encubre su superficial picardía; analizar las fuentes filosóficas que los nutren y los dotan de significado; desentrañar la realidad subyacente al signo lingüístico. Por supuesto que todo ello es deseable pero, por una parte, no forma parte de mi intención literaria responder a ese legítimo reclamo ni, por otra, mi capacidad profesional lo posibilita. Dejando de lado mi formación profesional, sólo he querido limitarme a rescatar lo que decía mi abuela y recordar su sonrisa reveladora al hacerlo.

Me hago cargo, por supuesto, que en esa dimensión literaria los hay quienes están en condiciones de hacerlo no sólo con una brillante genialidad discursiva sino con una memoria mayor y más fidedigna que la mía; mejor aún, con maestría artística, como sería el caso de los copleros de sones y huapangos. Sin embargo por múltiples razones no se lo ha hecho, o escasamente, y alguien debe tomar la

iniciativa, aun de modo artesanal y entrampado en las severas limitaciones de destreza y brillo de quien así se lo propone, por más que tal propósito, en buen romance, merezca equipararse con la soberbia; o para ser consecuente con los decires expresarlo en los términos que lo diría mi abuela, es decir, “querer tirarse los pedos más arriba de la rabadilla”

En fin, por nostálgico que soy y soberbio que me reconozco, he querido rescatar algunos ejemplos de ese infinito universo de los decires e ilustrarlos con pequeñas narraciones lícitamente fantasiosas, respecto de las cuales me disculpo por ubicarlas, en su mayoría, en un contexto más citadino, con la justificable aunque sibilina excusa de mostrar las múltiples posibilidades de su uso. El listado que incluyo no hace justicia al número que de ellos seguramente muchos de ustedes conocen, así como tampoco al mejor ingenio de los lamentablemente ignorados. Alego, en descargo de mi empresa, que incluir todos puede ser algo lógicamente posible, pero no materialmente pues son legión. Repito algunos que recuerdo, otros que la abuela de Víctor, mi hijo, todavía emplea y espero él pueda repetir a sus nietos.

Aspiro, también, a que la estafeta enriquezca lo que aquí dejo apenas en simiente.

TE LO DIGO A TI, MI HIJA; ENTIÉNDELO TÚ, MI NUERA.

Con su gordura auestas don Elías, maestro de la obra, vio a la distancia que el *Negro*, como era su costumbre, se escurría entre lambrines y cadenas sin el casco protector obligatorio. “¡Ese casco, *Negro*! ¿O es que quieres perder las orejas?”, le gritó, al tiempo que le guiñaba un ojo al joven arquitecto residente el cual no necesitó mayores explicaciones para ponerse el suyo.

DONDE SE LO METE TÍO ORTIZ, NO ME LO METO YO.

El alumno, confundido por esa calificación reprobatoria, fue a consultar a su antiguo maestro de filosofía y le planteó detalladamente su queja. Pero éste, conociendo al profesor inculpado y sabedor de las diferencias que ahondaban sus respectivas posiciones en el terreno académico, con un mal disfrazado mohín sólo guardó un prudente silencio.

**NO TE APURES POR COMER QUE HAMBRE
NO TE VA A FALTAR.**

La emoción lo apremiaba y en su primera lección de manejo todo se le iba en preguntar: ¿cómo se hace para acelerar? ¿Cuándo debo frenar? ¿Con cuál llave se enciende el motor? ¿A qué velocidad se debe dar vuelta en una esquina? ¿Para qué sirve la quinta velocidad? ¿Se puede pasar sobre un tope, sin parar? Las preguntas se venían en cascada hasta que el instructor, con sus 15 años de calmada experiencia, le hizo ver que las preguntas venían después de las indicaciones preliminares.

**VÁMONOS MURIENDO AHORA, QUE ESTÁN
SEPULTANDO GRATIS.**

Ya estaba convencido que después de tantos años de haber egresado de la facultad y haber dejado para “después” el proceso de titulación, las oportunidades de hacerlo se espaciaban cada vez más. Casi a punto de dar por cancelada la posibilidad fue que cayó en sus manos el aviso de que la Facultad abría un proceso extraordinario de titulación emergente el cual le sonó como la última llamada a escena.

SI AMORES LA LLEVAN, CELOS LA TRAERÁN.

La invitación le pareció soberbia. Integrarse a una Universidad dinámica y no pasiva (como la suya); autónoma y no dependiente (como la que lo atosigaba); transparente y no corrupta (como la que padecía); profesional y no improvisada (como en la que laboraba). En fin, una institución como la que siempre había imaginado, por ello no lo pensó dos veces; pero he aquí que, al cabo de unos cuantos meses del cambio, cayó en cuenta que ese fue su error.

**LO QUE NO ME DEN HERMANOS,
NO ME LO DEBEN QUITAR.**

Por extrañas razones era el único de la familia que se interesaba en las artes. Pero en su casa no se leía literatura; el cine acostumbrado era de ínfima calidad; Miró o Toledo sonaban a jugadores de la selección de fútbol; la danza o la escultura se tomaban como cosas extrañas sin sentido alguno. Con ese razonamiento la familia siempre le escamoteó el apoyo para incursionar por su lado en experiencias ajenas a las familiares.

HIJO DE TU MAL DORMIR QUE TODO ME DESENCUERAS.

Siempre fue un padre bonachón, paciente a las continuas y desquiciantes travesuras de las que su hijo, a la corta edad de tres años, manifestaba un ingenio precoz. Sin embargo la gracia congénita para hacerlas le impedía castigarle o malhumorarse con él, de ahí que en tales momentos sólo atinaba a mascullar un murmullo como no queriendo que la acción pasara inadvertida.

**¡AH!, QUÉ RECHINAR DE PUERTAS,
PARECE CARPINTERÍA!**

Desde su plácida hamaca de hilo tejido en la que tenía una hora buscando conciliar su “coyotito”, el tío Ezequiel asomó un descomunal grito de advertencia para calmar la cascada de murmullos a cuyo ritmo esos endemoniados enanos perseguían una desprevenida pelota, lo que le impedía dormir.

**SI ME VISTE YA TE ANDABA, SI NO ME VISTE
YA TE ANDUVO.**

Tenía por costumbre, y como lema, colarse sin pagar cuantas oportunidades se prestaran para hacerlo; era un reto que se había impuesto a sí mismo como señal de identidad. Y hoy, aquí y ahora, se le presentaba una más: pasarse el torniquete del Metro sin el requerido boleto. Se acercó a la barra, observó a los vigilantes y cuando se agachaba para escurrirse por debajo, lo sorprendió una de aquellas severas miradas, por lo que no le quedó más remedio que fingir apretar las agujetas de sus tenis y emprender la retirada silbando desde su ofendido orgullo.

LA MEJOR MULA SE ME ECHA.

Él sabía que podía contar con la proverbial generosidad de aquel que en las buenas y en las malas lo había acompañado. Ahora más que nunca necesitaba de él, y si de atolladeros peores lo había rescatado, no cabía la menor duda de que lo haría nuevamente. Todo se acomodaba y el último eslabón era la Villa de Campo que solicitaría a su amigo, entrañable amigo, para disfrutar de unas vacaciones ideales. Nunca se imaginó la negativa que, definitivamente, lo obligó a permanecer el verano en el claustro de su propia casa y ciudad.

NI SE MUERE EL TATA NI CENAMOS L'OLLA.

A su corta edad y de acuerdo con sus cuentas, ya eran largos los tiempos de penurias y aprietos monetarios. Se ahorra para el futuro, decían los padres, y entre tanto él debía enfrentar los lanzamientos del pítcher con esas piltrafas de arreos, por lo que se exponía a que en cualquier momento un *foul tip* destruyese la fracturada careta, o un *wild* golpease la parte de la manopla ya con ilusoria protección. Y a todo esto el futuro no llegaba y los arreos seguían igual de viejos e inútiles.

LO QUE AL TIEMPO SE DEJA, AL TIEMPO SE QUEDA.

Finalmente se había topado con ella. Esa referencia histórica, leída de manera eventual dos años ha, era la que durante tanto tiempo había deseado encontrar y necesitaba para justificar su tesis. Ese pasaje, aparte de la autoridad del autor que la proponía, encajaba coherente y maravillosamente en el rompecabezas del esquema conceptual de su trabajo; un brillante colofón, pues, para lo que consideraba su obra magna. Y ahora, tras dos años de tortura intelectual y estando en condiciones de emplearla en su máxima utilidad, ignoraba el texto y el autor: sólo recordaba haberse dicho, en repetidas ocasiones, “debo sacar la ficha de este pasaje”.

¡A LA VEJEZ, VIRUELA!

Cincuenta y cinco años de su vida, al pie de esa línea de ferrocarril, los había pasado ignorante de ruidos y trajines. Es más, presumía de comprender el arcano lenguaje de los metales: lo que significaba este chirriar de ruedas en ese preciso segmento del riel; los murmullos de los durmientes al trepidar con el paso de los carros-tanque; el pitido de la máquina anunciando su paso o su traslado. En esos 55 años había incorporado a su vida todo ese entorno que ya constituían su diástole y su sístole. Pero ahora, justamente ahora, en esa desvencijada cama que estaba convirtiéndose en su mortaja, descubrió la existencia de un ruido, que éste le molestaba y no le dejaba dormir. Y ordenó a su esposa deshacerse de ese flamante refrigerador, recién adquirido, cuyo motor le mantenía en constante vigilia.

LO QUE DE NOCHE SE HACE, DE DÍA APARECE.

No muy convencido y carente de información decidió arriesgar. Tomó las llaves de su auto, se cercioró de llevar dinero suficiente y los implementos de viaje necesarios: “No más, pensó”. Viajó despreocupadamente durante tres horas y media y al llegar a una población consideró oportuno detenerse a reposar. Aunque su agradecido estómago se contentó con lo ingerido, su cuerpo exigía descanso. “¿Un hotel por aquí?”, preguntó a un transeúnte y éste, sorprendido, le informó de las carencias del pueblo en ese rubro. “¿Y la siguiente población?”, interrogó. “A tres horas”, fue la respuesta.

EL QUE TEMPRANO SE BAÑA LUGAR TIENE DE SECARSE.

Chasqueando los labios para aprovechar hasta el último residuo de sabor que pudiera quedar entre ellos, decidió espaciar unos minutos antes de tomar un sorbo de cerveza como complemento de esos chiles en nogada que por tanto tiempo había esperado, y con gusto sibarita degustado. Pero lo mejor: haber sido de los privilegiados en disponer de un asiento en ese reducido restaurante, escondido entre aquellos callejones de provincia al que sólo la información casera te permite llegar.

BUENO DE ANCHO, POR LO QUE ENCOJA.

En ello, como en muchas otras cosas, la calidad dependía crucialmente de la cantidad. Y por ello *La China*, cocinera de polendas, fue tajante al añadir hasta ahí, y sólo hasta ahí, la cantidad de yema batida necesaria para el postre que estaba cocinando.

ENTRE DOÑA LEANDRA, SU HIJA Y DON MARGARITO EL PAMBACERO...

Fueron unos ires y venires de imputaciones, desmentidos, excusas, ausencias, ignorancia, caras de “yo no fui” y hasta indignación por el sólo hecho de ser sujeto de sospecha para que, a fin de cuentas, ese mar de respuestas le impidiera saber por obra de quién, entre la apretada geografía familiar, había aparecido rota sobre su escritorio esa pluma fuente tan estimada.

**YA NO LA QUIERAS CON TRENZAS,
QUIÉRELA AUNQUE SEA PELONA.**

Esta era su queja: se trataba de un espacio pequeño y en consecuencia incómodo, en una zona poco cálida y sin áreas verdes para hacer ejercicio matinal. Era un departamento que si bien se ubicaba en la planta baja, implicaba lidiar con los vecinos de arriba y aquellos de los lados. Para tomar un transporte público se debía caminar tres cuadras y si se trataba de comprar cigarros el tendejón más próximo se encontraba afuera de la Unidad. En consecuencia y a pesar de la manifiesta crisis habitacional de la urbe y la dramática economía de la familia, juzgaba lógica la pregunta: “¿no es posible buscar una casa o departamento con características más humanas?”.

**NO SE TE PUEDE DECIR “MI ALMA”
PORQUE YA QUIERES TU CASA APARTE.**

“¿Qué buena finta! ¡Así se hace! ¡Tira! ¡Gol!”.

Gol de último minuto que le valió al *Patachín* salir en hombros entre el alborozo de la porra de su equipo.

Le valió un beso muy sentido de su novia.

Apretones de manos de sus amigos.

Alabanzas del entrenador.

Eclosiones de su ego.

Y con esas credenciales a cuestas se atrevió a exigir, para el próximo partido, el gafete de capitán.

VÉTEME PIDIENDO QUE YO TE IRÉ DANDO.

En la rancia tradición de esa familia tal era la costumbre: nada se tomaba sin pedirlo. Pero a Margarita, la hija menor, se le hacía agua la boca y los ojos se le iban tan sólo de mirar esa dona cubierta de chocolate, que lucía tentadora sobre todo el pan tras la puerta vidriada del aparador, pero cerrado con llave. Y había que esperar religiosamente la hora de la merienda para pedirlo, sabedora de que si cumplía la regla satisfacerían su gusto. Sólo faltaba que la tía, celosa depositaria de la sacrosanta llave, repitiera el rito de preguntar qué pieza de pan quería cada uno.

EL CARBÓN QUE HA SIDO BRASA CON POCO FUEGO SE ENCIENDE.

Fildeando una rola franca y lenta sintió el dolor en el tobillo al tiempo que su robusta humanidad rodó por tierra. Y por enésima ocasión él, tan incondicional súbdito del llamado rey de los deportes, debió una vez más suspender su práctica. Todos le aconsejaban dedicarse a algo menos expuesto para su cuerpo y a fe que más de una vez lo intentó, pero bastaba que alguien hablara de un juego para sentirse invitado y reincidir en tan apasionante afición. Tal como sucedería, también, ahora. Estaba convencido que una vez despojado de ese antiestético yeso volvería a las andadas pues, finalmente, todavía le quedaba cutis, huesos y ligamentos por lastimar.

ESTÁS VIENDO LA ADORACIÓN Y NO TE HINCAS.

Sentía que el mal humor lo traicionaba a cada momento y en todos sus actos; y no era para menos. Terminaba el sexenio y debía rendir cuentas claras de su gestión, aunque bien sabía que no era eso lo peor pues se sabía todas las mañas al respecto, sino el hecho de saber que no entraba en los planes de la nueva administración. Ahora debía esforzarse por sí mismo y a su cuenta y riesgo. Por eso sólo atinó a mirar con una mezcla de burla y rabia a ese subordinado quien, con solícita ingenuidad, le pedía una recomendación para conservar su plaza de interino.

AL NOPAL LO VAN A VER SÓLO CUANDO TIENE TUNAS.

No, no tenía albahaca. Se convenció de ello después de abrir incontables veces las puertas de la alacena y remover otras tantas ocasiones los múltiples frascos que contenía. Imposible ir, a esas horas, a comprarla; impensable, a esas alturas, cambiar el menú para su invitada. A medio río, sin posibilidad de seguir adelante o retroceder, debía recurrir a una tabla de salvación; y sólo existía una. De todos sus insoportables vecinos sólo concebía el auxilio de los del apartamento 204, aquella familia a la que había saludado, casi de reojo y como a hurtadillas en contadas ocasiones, pero al menos los reconocía, a diferencia del resto con quienes recíprocamente se ignoraba. Además, tenían la ventaja de estar más frecuentemente en casa y cocinar, virtudes que no parecían caracterizar a la mayoría de los otros. Así que, con la pena a flor de piel y el orgullo atragantado, escuchó, después de tocar a la puerta, “¿quién?”.

**CUANDO LA PUERCA SE BAÑA,
EL SOL SE NUBLA Y EL JABÓN SE LE ACABA.**

Finalmente venció la modorra de ese soleado medio día y se animó a abandonar su cálido refugio de sábanas y almohadas. “¡Qué güeva!”, dijo en voz alta como para dar testimonio, *urbi et orbe*, de su disgusto por tener que ir a visitar, del otro lado del mundo, (¿o del universo?) a esa persona a quien tantas veces había prometido hacerlo. Lo había retardado tanto como le fue posible, pero ya no había modo de evadirlo. Así que, decidido y aferrado a esa idea: se bañó, desayuno, vistió y salió.

Primero: una llanta estaba ponchada.

Segundo: tardó cincuenta minutos en fúrica batalla contra la llanta para cambiarla.

Tercero: sucio y sudoroso lo pensó dos veces.

Cuarto: viendo el reloj llamó por teléfono para disculparse.

Quinto: una grabación le avisaba de la ausencia, por todo el día, del fulano de tal.

NO NECESITO DE CALABAZOS VIEJOS PARA NADAR.

Acostumbrada desde niña a ser mirada con desdén por sus hermanos varones y asumiendo que debía bastarse a sí misma, también entendía que para algunas cosas necesitaba de la ayuda de otros, aunque ello no la hiciera feliz.

Por lo general era capaz de cocinar endiabladamente el mole verde, cambiar en minutos una llanta rejega, argumentar astutamente contra el falaz agente de tránsito o dialogar con soltura y solvencia con colegas y amigos.

Sin embargo ahí estaba, ahora, a merced de esas hordas que huían de las desenfrenadas horas pico del metro. Tal vez con la mirada reveló su fragilidad lo que propició que un policía le abriera paso al vagón exclusivo para mujeres y niños, pero al reconocer en ese gesto la mirada burlona de sus hermanos durante la infancia, rehusó la ayuda con la que juzgó la más cortés de sus sonrisas.

CHIFLAR Y COMER PINOLE.

No hubo manera de escapar aunque siempre estuvo preparado para ello. Durante mucho tiempo fue capaz de capotear las situaciones, contando invariablemente con la complicidad y complacencia de los maestros, cuya exigencia académica jamás rebasó el mínimo previsible para una educación universitaria.

De golpe llegó el cambio el cual, no por esperado, resultaba indiferente e inocuo. Ahora se topaba con un docente de las características que siempre había rehuido: exigente, riguroso, constante, meticuloso, y comenzó a ver las cosas no tan sencillas; cada vez con mayor frecuencia se veía orillado a rechazar las consabidas reuniones de amigos para sólo cotorrear, las cotidianas desveladas en la disco, al tiempo que aumentaban las horas de lectura y la redacción cuidadosa de trabajos de análisis.

Y se vio obligado a decidir entre dos opciones excluyentes: pasarla cómoda o estudiar.

**MUY BIEN QUE CANTARAIS, DIJE,
MAS NO QUE CANTARAIS BIEN.**

Fue convencidos por las frases de agradecimiento y agrado de sus padres que él y ella decidieron repetir la experiencia. Volverían a cooperar con la limpieza de la casa lavando los trastos de cocina acumulados durante el desayuno: él los lavaría y ella los acomodaría en el escurridor para que sus padres se descargaran, al menos por una mañana, de esa que llamaban ingrata tarea. Aunque también a ellos, como a sus padres, les daba flojera quitar la grasa pegada y, sobre todo, esa mancha oscura que cubría el fondo del sartén; esa que tanto trabajo les había costado desaparecer la vez anterior al grado de tener que recurrir a un cuchillo para rasparla. Y así lo hicieron nuevamente.

Lo que ignoraban, de la experiencia pasada, es que tras las expresiones de gusto y agradecimiento, los padres ahogaron un gesto de enojo por el teflón desaparecido.

AHÍ ES DONDE LA PUERCA TUERCE EL RABO.

De golpe se suspendió el debate sobre ciencia ficción que sostenían, sin llegar a un consenso más allá de la coincidencia en torno a *2001, odisea del espacio*. ¿Se trataba de un ejemplo de ciencia ficción o era ficción a secas? Los criterios que esgrimían se multiplicaban y manejaban indistintamente por uno y otro dialogante; pero súbitamente todo quedó en suspenso.

A esas alturas ya el agente de tránsito les había hecho la señal de detenerse por pasarse el alto del que la discusión no les permitió cobrar conciencia.

Bajada la ventanilla del vehículo el oficial dijo: “su licencia, por favor”. Y otro golpe de conciencia, igualmente tardío, le hizo recordar el sitio exacto de su casa en donde la había dejado olvidada.

DE LENGUA ME COMO UN PLATO.

“Cuando manejo siempre voy con todos mis sentidos puestos en el volante y domino la situación. Nunca he tenido un accidente y no sé qué es eso. Mantengo la velocidad permisible, atiendo a las señales, utilizo todos los aditamentos del vehículo, le doy el mantenimiento establecido. Conozco el reglamento de tránsito y sé qué sí y qué no se puede y debe hacer. Cuando conduzco, conduzco. No me distraigo ni combino volante con alcohol. En dos palabras, puedo considerarme un conductor seguro”.

Este era su comentario y su valoración personal que, como siempre, resultaba favorable a su persona. Y también, como siempre, su interlocutor rumiaba su hastío al escuchar esta nueva arenga de presunción.

HAY DE TODO, COMO EN BOTICA.

Si así es el trabajo docente, ¡qué alegría!, pensó en su primera fecha de clase frente al grupo de universitarios. Una alumna muy acuciosa en su reflexión, secundada por las opiniones de uno de sus compañeros, le obligó a echar mano, apresuradamente, de sus estudios de posgrado. Pero días después se topó con un alumno quien daba por sentado que, en su carácter de representante ante el Comité Estudiantil, tenía gratuitamente una patente de corso que lo dispensaba de leer y participar en las dinámicas escolares. Y otro más, en fechas posteriores, resultó ser tan escrupulosamente ganado por lo administrativo que exigía, puntualmente, el registro de sus asistencias o retardos. Una alumna, la niña bonita que confirmó nunca falta, consideró que era suficiente con cruzar la pierna y sonreír para justificar su desconocimiento de los textos y desentenderse de las discusiones académicas. Y conforme el mosaico se amplió, debió aceptar, con sabia sabiduría, que la homogeneidad de los integrantes de ese grupo era sólo un deseo. Un buen deseo.

APRENDIZ DE TODO Y OFICIAL DE NADA.

Le enorgullecía mucho tener esa innata habilidad de poder colocar, en el mismo rincón de la cancha de arcilla, la pelota que, equivocadamente, sus oponentes siempre daban por mala. Igualmente se ufanaba de la potencia de su brazo para mandar, de un bote, hasta la almohadilla de *home*, la bola fildeada en lo profundo del jardín izquierdo. Decía conocer el movimiento de las piezas y hasta los nombres técnicos de algunos movimientos que generalmente prolongaban la seguridad de su rey, y eventualmente le permitía ganar la partida. Llegaba a hacer alarde de desenvolverse con desenfado en cualquiera de los cuatro estilos clásicos y, además, tener el cuerpo naturalmente adecuado para ello. En alguna ocasión participó en un evento de velocidad en bicicleta y sólo porque un inoportuno percance le impidió culminarlo, le canceló la oportunidad de llegar entre los ganadores.

Todo eso hizo, pero en realidad nunca fue tenista, no se dedicó al *baseball* ni al ajedrez; no destacó como nadador y tampoco se le conoció como ciclista.

AJONJOLÍ DE TODOS LOS MOLES.

Vaciadas las urnas de votación el conteo no llevó demasiado tiempo. Por tratarse de una institución pequeña con un reducido número de empleados, y tomando en cuenta el abstencionismo, no podrían ser más de 95 papeletas. Además, eran la única planilla postulante, encabezada por “Salva sea la parte”.

“Salva sea la parte”, quien tenía por vocación participar en cualquier evento de elección popular, ya había sido representante de su sector ante el órgano colegiado más importante de su institución; lo habían elegido como miembro a la Comisión de Evaluación de trabajo de sus colegas; había pasado por el Comité de Representación, el Consejo de Adscripción, la Junta de Admisión, la Coordinación de Asesores, Responsable de Nombramientos. Ningún puesto o cargo se había salvado de su inefable presencia a lo largo de 13 años de laborar en esa institución; ninguno le faltaba.

Eso, sin embargo, le tenía sin cuidado; todo era cuestión de volver a empezar.

CADA MAESTRITO TIENE SU LIBRITO.

Ahora venía la parte complicada del asunto que por comodidad, y contrario a lo establecido en casa, siempre dejaba al final. Antes de hacerlo se formuló la pregunta habitual: ¿no será posible otra forma más fácil y efectiva de hacerlo? Y conste que había intentado múltiples y variadas consejas ajenas: de la suegra, de los amigos, de las trabajadoras domésticas, de las amantes, consejos que, por cierto, en nada coincidían, como si de distinguir se tratara.

Así que colocó la camisa sobre el burro de planchar, estiró el frente, lo humedeció, con lentitud y firmeza deslizó la plancha esperando que esta vez, como en las experiencias anteriores, su método fuera medianamente exitoso.

CUANDO EL POBRE TIENE PARA CARNE, ES VIGILIA.

A pesar del honesto compañerismo de sus nueve años no podía evitar esa sensación de envidia atravesada al ver a sus orgullosos compañeros luciendo los flamantes tenis de suela de aire con los cuales más que caminar se flota. Odiaba la hora del recreo porque debía refugiarse entre el anónimo grupo cuyos tenis eran para simples mortales, con los que sólo se caminaba. En su casa la lucha era permanente para tratar de vencer la tozudez de los padres quienes, bajo el argumento de no ser presa de modas pasajeras, le colmaban de razonamientos que tal vez entendía pero jamás aceptaría. Y ahora que había vencido resistencias familiares se presentaba la ocasión de agenciarse un par de ellos, no tenían su número.

CUANDO TÚ VAS, YO YA VENGO.

Dos horas después de haber salido de la escuela, sintiendo el quemante dolor del fracaso en la mochila que cargaba en la espalda mientras deambulaba por los alrededores de su casa, iba rumiando la razón que le parecía más convincente para enfrentar a sus padres en tan comprometedor situación. Tal vez aducir la mala voluntad de los profesores ante las tendencias izquierdistas de los propios padres, o quizá la culpa de haber dejado copiar a su compañero de banca y ser sorprendidos en ello, con el merecido castigo para ambos. Decidido entró a la casa y mostrando la boleta final a sus padres les dijo: “no hay justicia en este mundo pues siguen pagando justos por pecadores”.

ESE NO ES SANTO DE MI DEVOCIÓN.

A iniciativa de muchos se sintió animado para aventurarse a la compra de un auto nuevo. Amaba el suyo pero, la verdad, ya manifestaba varios achaques, y aunque en ocasiones le ganaba la nostalgia, no ignoraba las bondades que el posible cambio implicaba. Sólo había un pero: ¿cómo financiar la compra? Y ante la sugerencia de recurrir a una institución bancaria para ello, manifestó su rechazo casi religioso ante tan desmesurada propuesta.

**ESTE ES EL ANCHOR, ESTE ES EL LARGOR:
MAÑANA LO CORTARÉ.**

Lo despertó un incómodo rayo de luz que incursionaba a través de algún resquicio de la ventana. Movi6 con discreci6n el párpado correspondiente y contactó la realidad: un gancho caído de la cortina dejaba al descubierto la mínima superficie necesaria para que el sol se saliera con la suya. Contempló pesadamente el doblez de la cortina en el espacio carente de sustento, confirmó la ausencia y se repitió, como cada mañana durante los últimos dos meses: “tengo que reponer ese gancho”.

GALLINA VIEJA HACE BUEN CALDO.

Estaba consciente de haberse convertido en el blanco de envidias y críticas del grupo de amigas con las que, todos los miércoles, asistía a las sesiones de baile de salón, pero ¿cuál era su culpa? No vestía mejor que las otras, su maquillaje siempre era discreto, la bisutería que usaba no resaltaba sobre la de las otras. ¿Por qué, entonces, el recelo? Sabía que muchas de sus compañeras eran más bonitas que ella y con más presencia: ¿de dónde, pues, la envidia? La invitación a bailar la apartó de sus reflexiones y le restó importancia al hecho de que, a pesar de su edad, la prefirieran a ella.

HASTA LO QUE NO COMES TE HACE DAÑO.

Desde el diminuto espacio de jardín donde tomaba el fresco, al frente de su casa, no pudo menos que distinguir el auto que se detenía en la casa vecina. Brillaba al inclemente rayo del sol y la transparencia de su pintura nueva de fábrica irisaba cardillo a diestra y siniestra. Notó cómo bajaba del auto el conductor quien, con un gesto de inocultable satisfacción acompañó su saludo con una invitación a acercarse para celebrar la nueva adquisición. Mientras se aproximaba al auto exclamó en voz alta: “me temo que el color que escogiste va a acrecentar el calor del interior”.

LA MALA HARINA Y EL BUEN PANADERO.

Todos estuvieron puntuales a la cita para celebrar la llegada del compañero tantos meses ausente. El tiempo era ideal para comer en el soleado y amplio jardín, disfrutando de las delicias de los antojitos cocinados en el bracerito traído *ex profeso*. Mientras unos cortaban, pelaban, limpiaban, mezclaban ingredientes, los de acá colocaban mobiliario y aquellos otros disponían los líquidos acompañantes. A él le tocó prender el bracerito y aunque disponía de todo para hacerlo se retardaba en su éxito. Ora por el ocote, ora a causa del viento. Culpa del carbón o del diseño del aparato. Cuando por la hora desistieron de ello y debieron recurrir a la estufa, su argumento se centró en lo poco adecuado de los elementos proporcionados.

EN QUÉ POCA AGUA TE AHOGAS.

El impacto fue mayúsculo pues frente a la experiencia de manejar en autopistas de seis carriles, rectas prolongadas, tramos de dos horas y con todos los señalamientos imaginables, la perspectiva de conducir durante tres horas y media en una carretera vecinal, sinuosa y de dos carriles le pareció una empresa imposible.

QUÉ LE VOY A ASAR SI TODO ES HUESO.

Enredado en la mentira que trastocó su vida y desesperado por remediar su situación, hacía esfuerzos inimaginables para salir bien librado de esa inédita experiencia. Se afanaba angustiado por disfrazar el engaño, minimizar la falsedad, embozar la farsa, diluir la patraña; pero al final de cada intento fallido arribaba a la misma e inútil conclusión.

MÁS VALE ARREAR AL BURRO QUE CARGAR LA CARGA.

Ciertamente, como siempre, el día de oficina había sido pesado; y en esa ocasión también había contribuido magnánimamente la labor atolondrada de la secretaria: archivos desordenados, mecanografías infames, retardo en el envío de comunicados, discos compactos sin etiquetas, megas y megas de basura cibernética en la computadora. Y una vez más coqueteó brevemente con la promisorio idea de prescindir de la ayuda secretarial, abdicar de las disputas y asumir ese trabajo. Pero también hoy, como siempre que lo asediaba semejante fantasía, lo paralizaba el terror de tener que sacrificar parte de su valioso tiempo para desempeñar esa tarea.

**AUNQUE TODOS SOMOS DEL MISMO BARRO...
NO ES LO MISMO BACÍN QUE JARRO.**

Lo que determinó su decisión fue que se promocionaran como una gran familia a la que invitaban a incorporarse, con las ventajas que ello implicaba: “Ven con nosotros. Intégrate a la gran familia ‘patito’ y construye tu futuro con nosotros”. Y si a ello se aunaba el prestigio de ser una empresa transnacional que le podría abrir distintas puertas, no veía motivos para dejar pasar la oportunidad. Ahora, ocho años con tres meses después de esa decisión, veía con tristeza que la familia “patito” no lo había dejado pasar de ser un lavatrastos.

NO NIEGAS LA CRUZ DE TU PARROQUIA.

Recordar el evento le trajo una sonrisa a la cara, aunque del rubor apenas tenía una frágil memoria. Recordó, como si en ese momento lo viviera, ser uno de los 12 comensales en esa comida de aniversario en el restaurante de lujo al que habían convocado, como la ocasión lo ameritaba. Recordaba el platillo principal (aunque no el afrancesado nombre) y haber inquirido a los meseros si, aparte del pan, no había tortillas.

PARA LO QUE HAY QUE VER, CON UN OJO BASTA.

Sin ser erudito conocedor había viajado tanto por el territorio que podía presumir de conocer comidas, fiestas, edificios, balnearios, parques y rincones dignos de visitar en multitud de lugares, a tal grado que se sentía capaz de estimar el tiempo necesario y suficiente para disfrutar de una estancia vacacional. Por ello juzgó que la visita a ese desangelado sitio no le implicaría más de un par de horas por la mañana.

SANTO QUE NO ES VISTO NO ES ADORADO.

De por sí ya tenía una bien ganada fama de llegar tarde: por lo general el último. Esta ocasión no sería la excepción pues ya había salido de su casa con una hora de retraso y, para colmo de males, la manifestación y los consabidos embotellamientos del tráfico le complicaban el traslado. Paulatinamente se fue acercando al sitio indicado y aunque traspasado por lacerantes punzadas de hambre, las fue paliando al imaginar los succulentos platillos que siempre habían caracterizado a quien ahora tocaba cocinar. Tocó el timbre para anunciarse y después de los saludos y obligados abrazos vio, por encima del último de ellos, una mesa ya arrasada y escasos vestigios de la opípara degustación.

EL QUE POR OTROS PIDE, POR SÍ ABOGA.

Se trataba de una junta de vecinos como todas: informes financieros del edificio (asunto en el que, por cierto, tenía un adeudo de dos recibos de mantenimiento) y asuntos generales. Sólo que ahora, en el último rubro, se ventilaba el latoso asunto de los propietarios de mascotas caninas que tantos enfrentamientos estaba provocando entre los condóminos; y aunque él no poseía ninguno, comenzó a barajar sus posibles argumentos en defensa de las mascotas.

EL QUE A FEA AMA BONITA LE PARECE.

Era su primer intento como prospecto de escritor. Ciertamente las opiniones recogidas entre los lectores a quienes había recurrido para confrontar puntos de vista sobre sus ejemplos, aconsejaban mejorarlos, pero para él aquellas cuatro páginas le parecían dignas de participar en el concurso de cuento y esa fue su decisión final.

TÚ BIEN ME MIRAS, YO BIEN TE ENTIENDO.

Fatigados por el trajín de visitar tienda tras tienda en busca del par de zapatos que ella había idealizado, se probó el nuevo par y, de pie frente al espejo, poco convencida, cruzó una mirada a través de él con su esposo el cual le contestó de la misma manera. Así que pasaron a la siguiente zapatería.

¿QUIÉN MANDA ESTO? TELLO. ¡ASÍ ANDA ELLO!

Finalmente, tras varios años de tenaz pero inepta militancia partidista logró su sueño de ser postulado como agente municipal de su comunidad y el voto de aceptación de los 428 habitantes. Como era de esperar, su primer mandato provocó tal confusión entre los vecinos que colmó de escéptico chacoteo a la población.

A TECHOS VIEJOS NUNCA LES FALTAN GOTERAS.

Sin ser un experto carpintero, pero al amparo de sus reminiscencias de secundaria y los pininos a que eventualmente se aventuraba, lo animaron a darle nueva consistencia a esa silla que traicioneramente amenazaba con derrumbar a quien en ella posara su distraída humanidad. Reemplazó las patas y fortaleció los travesaños; cambió clavos y aseguró el asiento.

Cuando la juzgó terminada y lista para su uso, al sentarse detectó el crepitar en un barrote del respaldo y el dolor de una astilla que le pinchaba la espalda.

A TU TIERRA GRULLA Y AUNQUE SEA EN UN PIE.

Realmente tenía la impresión de haber permanecido ahí apenas unos cuantos días. Sometiendo a comparación, todo le había hecho olvidar las limitaciones de su casa y las imperfecciones de su terruño: paisaje, temperatura, mar, alimentos. Y cayó en cuenta que después de siete días como invitado a esa casa corría el riesgo de trastocar su estancia en una carga para los anfitriones. Así que con gran pesar tuvo que anunciar su retorno y hacerse a la idea de regresar a paisajes, temperaturas, alimentos y aguas venidas a menos.

LO QUE NO DEJA, DEJARLO.

Ahora se daba cuenta que los sueños infantiles y las fantasías de juventud topaban con la densa pared de la realidad. Las ventajas de ser marino mercante ni remotamente compensaban las penurias que el trabajo implicaba, pues tres años de fugaces amores portuarios no aligeraban la pesada tarea de lavar cubiertas, cargar fardos o pintar escotillas. Con ello justificaba lo incierto del futuro y la decisión tomada.

PRONTO Y BIEN, NO HAY QUIÉN.

En el corrillo que se generaba entre ellas mientras esperaban el siguiente paso del maquillaje, peinado o manicure, se intercambiaban los siguientes comentarios:

“Fulanita se tarda siglos en barrer tres cuartos. Ah!, pero es perfeccionista. No deja ni sombra de polvo”.

“No, menganita no alcanza ese nivel aunque, eso sí, lo hace con una velocidad pasmosa”.

“Zutana nada de eso. Todo me lo deja a medias y tan mal hecho que termino haciéndolo yo misma”.

**ENFERMO QUE COME Y MEA:
EL DIABLO QUE SE LO CREA.**

No era por egoísmo o desapego a sus amigos que se negaba a cooperar en la tarea de ayudarlos a empaquetar y cargar cosas en el cambio de apartamento. Aunque no lo entendían, era muy diferente sudar y fatigarse durante un encuentro de tenis, como el que venía de practicar, a hacerlo en esfuerzos ingratos como el solicitado. Además, y eso era lo más importante, éstos últimos, a diferencia de aquéllos, podían afectar su maltratada hernia hiatal.

